

# Economía, economistas y políticos: algunas hipótesis preliminares

ARUN SHOURIE

Los economistas desempeñan un papel notable en la vida de la India: sus puntos de vista se dan a conocer ampliamente en la prensa, dan lustre a variados comités, ocupan muchos puestos importantes en el Gobierno. A menudo parecen ejercer considerable influencia en la política económica. Son ejemplos concretos de ella la estrategia básica del Segundo Plan, el curso de las políticas de licencias industriales a través del tiempo y otros casos similares. Sin embargo, prevalece un sentimiento de intranquilidad entre muchos miembros de la profesión, así como entre muchos políticos,\* en cuanto a que con gran frecuencia es mínimo el influjo del economista sobre la política económica y, cuando se percibe, es a veces negativo. En este breve ensayo quisiera explorar algunas de las razones por las cuales los economistas tienen esta influencia dañosa en la formulación y ejecución de la política económica.

Me percaté de que el papel y la conducta de los economistas forman parte de un cuadro más amplio. Los economistas, después de todo, pertenecen a la élite del país y por eso su comportamiento no difiere del de otros integrantes de la élite, tales como los políticos, los administradores y los empresarios. Igual que los hombres de negocios, los políticos y los administradores se ayudan unos a otros para vivir a expensas del país; también muchos economistas ayudan a todos ellos legitimando lo que desean hacer. Así como el político ayuda (en nombre del socialismo) al hombre de negocios a formar un mercado completamente protegido de la competencia exterior o interior, así también el economista ayuda al político formulando planes fraudulentos. Además, la formulación de estos planes es en sí una ilustración de un sistema político general en el cual los eslóganes y los documentos fraudulentos no son sino un medio que el gobierno usa para mantenerse en el poder. En este escenario el gobierno se siente obligado a producir documentos fraudulentos y las mismas circunstancias que lo

Nota: El autor es miembro del Consejo Homi Bhabha, pero sólo a él corresponde la responsabilidad por los puntos de vista expresados en este artículo que fue escrito en mayo de 1974. [Traducción del inglés de Luis E. Gutiérrez Santos revisada por Sergio Ortiz Hernán.]

\* El autor se refiere a "policy makers" (los que elaboran o conciben las políticas) y más adelante los identifica con los políticos (los que toman las decisiones). Por ello se consideró pertinente emplear este último término. [N. del T.]

compelen a producirlos le impiden llevar a la práctica cualquier sugerencia que contengan.

Empero, en este artículo voy a abstraerme del marco general y fijaré la atención en los economistas como una subespecie para que así podamos vernos en un espejo.

## I. LA ECONOMIA

Los economistas operan casi exclusivamente dentro de lo que Marx llamó "el reino de las ideas" y dentro de este reino trabajan solamente para el aplauso mutuo.<sup>1</sup> Debido al papel del idioma inglés en la reciente historia intelectual de la India, el economista hindú ha trabajado para conseguir el aplauso de los economistas occidentales, especialmente los del mundo de habla inglesa. Los vehículos principales para ganar el reconocimiento occidental han sido obtener grados en universidades occidentales, publicar en revistas occidentales y obtener cátedras en las facultades de universidades occidentales.

Cuando la evolución de la economía Occidental de los

<sup>1</sup> Esta frase es del profesor Samuelson. (Véase P. A. Samuelson, "Economists and the History of Ideas", en *American Economic Review*, marzo de 1962, pp. 1-18. El hace diferencia entre trabajar para obtener el aplauso del pueblo y los políticos y el de los compañeros de profesión, y afirma que "nuestro propio aplauso" es "la única moneda que vale la pena". No obstante, deja sin resolver la cuestión del contenido de nuestro trabajo, aunque "nuestro mapa del mundo —nos dice— difiere de aquel del lego. Posiblemente nuestro mapa jamás será un *best seller*, pero una disciplina como la economía tiene lógica y validez propias. Creemos en nuestro mapa porque no podemos menos que hacerlo... No nos toca el interés del público y el aplauso. Pero eso no quiere decir que el juego no valga la pena o que no le ganemos al final. A largo plazo, el economista académico trabaja para obtener la única moneda que vale la pena: nuestro propio aplauso". A esto añade: "Para que no se me malinterprete, elaboro el tema. Esto no es ningún alegato en favor del arte por el arte mismo, de la elegancia lógica por la propia elegancia. No es un alegato para dejar los problemas de política económica del mundo real a los no economistas. Ni para buscar la popularidad a corto plazo con los miembros de un estrecho grupo de iniciados. Al contrario, es un alegato para jugar el juego como aparece en realidad (después de reflexionar y pesar todas las pruebas), aun cuando esto signifique perder la popularidad del gran público y oponerse al espíritu de la época". ¿Pero qué tal si, se puede buscar el aplauso "a largo plazo" en el seno de la profesión solamente trabajando en temas que, aunque esotéricos, no tienen ninguna relevancia para el bienestar social?

últimos tres decenios se examine dentro de 50 años, se verá que ha estado asociada con una etapa de autosatisfacción en la evolución del capitalismo. A lo largo de los últimos 30 años, las sociedades capitalistas han estado viviendo en la creencia de que no hay que cuestionar los valores básicos que rigen sus patrones de vida, que temas tales como el conflicto de clases son irrelevantes en las sociedades en las que el acceso a los recursos y al progreso técnico puede asegurar la comodidad material para todos y en la creencia de que ningún cambio estructural básico se requiere en las instituciones y relaciones de poder que gobiernan a estas sociedades. De allí que la economía Occidental se haya alejado de los grandes problemas. Por ello, por ejemplo, ha tomado el consumismo desenfadado como una de las verdades que se consideran evidentes por sí mismas. No se ha preocupado de preguntar qué es lo que le da a la gente de esos países el derecho de tener patrones dispendiosos de vida en un mundo en el que la gran mayoría vive en la privación y en el hambre. No se ha molestado en averiguar con qué derecho el pueblo de Estados Unidos desalienta la exportación de fertilizantes a los países en desarrollo que se enfrentan al hambre, para que tres millones de toneladas se puedan emplear para mantener verdes los clubes de golf y los jardines de ese país. Por esta misma razón, los intelectuales en estas sociedades no tienen ninguna base para preguntar qué es lo que les da a unas cuantas familias del mundo árabe el derecho de extraer una renta exorbitante del resto del mundo.

Dado que estas sociedades han estado por lo general satisfechas con su situación, temas como el de la economía se han convertido en meros pasatiempos intelectuales. Así, el economista recibe el aplauso máximo cuando trabaja en algo llamado "teoría". Cualquiera que se preocupe de aplicarla al mundo real o que trabaje en problemas reales se le considera como un fracasado en el campo teórico. El joven economista aprende pronto que si quiere publicar sus trabajos en las mejores revistas de la profesión, no debe ocuparse de la vivienda popular, la energía del viento o las plantas de gas gobar. Aun cuando una de las principales revistas acepte publicar un artículo sobre estos problemas específicos lo hará no porque el artículo diga algo útil acerca de las plantas de gas mencionadas o de las habitaciones de bajo costo, sino porque emplee una técnica novedosa de análisis económico. De esta suerte, la información referente a las plantas de gas gobar o a las casas baratas se emplearía nada más para ilustrar de manera incidental el funcionamiento de la técnica novedosa de análisis económico. El economista puede darse el lujo de tener una actitud desdeñosa en cuanto a las plantas de gas gobar y las casas de bajo costo: después de todo, se incluyen simplemente como ilustraciones. En cambio, debe reservar sus esfuerzos para la técnica analítica.

El carácter introvertido de la profesión nos ha creado una actitud cínica hacia el mundo exterior. Si se les presiona, la mayoría de los economistas admite que las cuestiones teóricas de que se ocupan no tiene importancia y muchos aceptan finalmente que "trabajamos en estos problemas porque para eso fuimos preparados y eso es lo que hacemos bien". Esta actitud refleja una vanagloria peculiar, la presunción de que el mundo nos debe una vida cómoda a fin de seguir hablándonos y trabajando para conseguir nuestro propio aplauso, así como un tipo muy especial de autoconfianza, la confianza de que no seremos descubiertos. Tan cínica es la

actitud hacia el mundo, que muchas veces, aun en un estrecho sentido técnico, persistimos en usar procedimientos y recursos que sabemos son falsos, sólo porque el producto resulta aceptable para los directores de las revistas profesionales. En este sentido, nada más hay que recordar los numerosos artículos que siguen pretendiendo descubrir los secretos del desarrollo mediante ecuaciones de regresión que tienen una observación cada una de Singapur y la India, Malí y Brasil.

El vocabulario que usamos los economistas nos traiciona. Hablamos de "escenarios alternativos", de "jugar con especificaciones alternativas", de "maniobrar" con un modelo. Este es el vocabulario de gente que se entretiene con juguetes. No es el vocabulario de personas que participan en una lucha, que sienten que los problemas en los cuales están trabajando son vitales. En uno de sus ensayos, Mao fustiga a cierto tipo de intelectual que añade puntos a una fina tela de brocado en vez de dar calor a un hombre que padece frío. Esta crítica severa seguramente se aplica a nosotros.

Debido a que varios economistas hindúes se han preocupado de lograr éxito en el mundo occidental, estas normas introvertidas de la profesión han afectado su selección de temas de estudio. Así, mientras que los economistas de la India han contribuido de manera importante a la "teoría pura", poco trabajo han hecho en algunos puntos vitales para nuestra propia economía: cantidad, fuentes, usos del dinero del mercado negro; los mercados de dinero no organizados; el carácter de la especulación en el mercado de semillas oleaginosas, los principales participantes de este mercado, sus fuentes de financiamiento, sus actividades accesorias, las relaciones que los ligan a los productores, administradores y políticos; el mecanismo interno de los ministerios y el modo en que su esencia organizacional afecta la formulación y ejecución de políticas económicas. En verdad resulta significativo que a pesar de que la India tiene algunos de los economistas más distinguidos del mundo, no haya ni un solo buen libro de texto acerca de la economía de ese país.

Se dijo antes que los economistas occidentales no se han enfrentado a las grandes cuestiones, debido a que comparten los supuestos básicos de sus sociedades en el sentido de que, en general, todo es como debe ser. Por supuesto, los economistas hindúes han expresado mucha intranquilidad con la situación. Si han estado alejados de las grandes cuestiones, ello obedece a una razón distinta: han compartido el supuesto de casi todos los sectores de la élite de la India respecto a que aun cuando la situación actual está lejos de ser la deseable, dado el tamaño, la sociología (*sic*), la herencia cultural, etc., del país, los cambios radicales son imposibles. Por esto, no han formulado ningún paradigma sustitutivo que explique el estado general del país; todos han continuado con los paradigmas, que tienen de todo un poco, de la economía mixta. Aun cuando se ha ocupado de problemas específicos, tales como la respuesta de los agricultores a los movimientos de precios, la productividad de las granjas de distintos tamaños, la violación generalizada de los controles, no han combinado los resultados en paradigmas acerca de la economía como un todo. La percepción que tiene el político —en el mejor de los casos nublada— del trabajo de los economistas nacionales consiste en que han producido muchos ensayos sobre muchos temas específicos, que no han logrado ponerse de acuerdo respecto a la

mayoría de esos asuntos y que, en todo caso, no saben “lo que todo ello significa”. Esto último no es una queja sin fundamento: si el trabajo de detalle se hubiera concebido como de apoyo para construir algunos grandes paradigmas, o si, de vez en cuando, se hubiera sintetizado en algunos de ellos, habría permitido a los intelectuales y políticos considerar los patrones del desarrollo nacional como un todo y entender el carácter global de los acontecimientos y políticas económicas. Como están las cosas, el trabajo detallado —en buena parte de excelente calidad desde un punto de vista técnico— no ha tenido mucho efecto ni en los políticos ni en el debate intelectual del país.

Es inútil culpar a los economistas occidentales por este estado de cosas. Es ocioso pretender que todo es resultado del “imperialismo intelectual”. En verdad la expresión “imperialismo intelectual” es engañosa; adjudica la responsabilidad a la parte equivocada. Nosotros mismos hemos decidido adherirnos a las normas introvertidas de la profesión; nosotros hemos juzgado nuestro funcionamiento con criterios inapropiados; nosotros nos hemos ocupado de cuestiones insignificantes. Creo que fue uno de los hermanos Ali quien señaló, durante la lucha por la independencia, que la frase “los británicos dividen y reinan” era engañosa; la realidad —dijo— es que “nosotros dividimos y ellos reinan”. Hoy la situación es bastante similar en nuestra profesión: somos nosotros quienes desatendemos el hecho obvio de que nuestra sociedad no puede permitirse las aberraciones rococó que han caracterizado a la economía Occidental durante los últimos tres decenios. Al fin y al cabo, nada nos obliga a adoptar las normas de la economía Occidental sin reservas. En verdad, tenemos el ejemplo de varios sabios pertenecientes a nuestra tradición —el profesor Gadgil y otros— que se han apartado de estas normas.<sup>2</sup>

La necesidad de hacer “más científica” la disciplina ha abrumado por completo a la profesión. Esto se ha reflejado de cuatro modos. Primero, nos hemos limitado solamente a juegos dentro del “reino de las ideas”. Segundo, nos hemos sentido obligados a purgar nuestras discusiones de esas cosas llamadas “juicios de valor”. Tercero, hemos demarcado los límites territoriales de nuestra disciplina con más y más exactitud, insistiendo en que la discusión se limite a lo que el profesor Phelps Brown ha llamado “la economía como tal”. Esta limitación más exacta también se ha reflejado en una especialización progresiva más estrecha en la preparación de nuevos economistas. Cuarto, nos ha obligado a dedicarnos a la cuantificación en grande.

Casi no hace falta comentar acerca de la influencia conservadora que resulta de exorcisar todo juicio de valor en nuestra disciplina. Sólo hay que recordar la influencia conservadora de conceptos tales como el del óptimo de Pareto, de los esfuerzos para basar las funciones de bienestar social en ordenamientos de individuos y las resultantes dificultades de construir las mismas funciones de bienestar social. La meta de abjurar todos los juicios de valor ha confinado al economista en un círculo muy estrecho. Esto es especialmente

cierto en una economía en la cual las grandes interrogantes —de clase, de estructura— distan mucho de estar resueltas. La conducta de los economistas en el Gobierno indica que se han convencido de que cumplen su deber con sólo describir los aspectos económicos del asunto de que se trate, con explicar qué condiciones se requieren para llevar a la práctica una política. Así, por ejemplo, los economistas en el gobierno no dudaron en legitimizar los peores instintos de los políticos cuando éstos se decidieron a tomar el control del comercio mayorista del trigo. Los economistas creyeron cumplir su deber con sólo empezar su informe con las hipótesis de que la maquinaria política y administrativa podría aislar las zonas en donde hubiera excedente, de que los precios de los granos en ellas caerían drásticamente y de que los granjeros estarían más dispuestos a vender todo su excedente comercial al Gobierno. Al calcular los recursos para el Quinto Plan, los mismos economistas consideraron cumplido su deber con sólo hacer explícitos los supuestos de que la utilización de la capacidad en las plantas de acero subiría rápidamente al 90%, que habría petróleo disponible a 3.50 dólares por barril en 1974-1975 y a 4.75 dólares por barril en 1978-1979. El problema de si estas condiciones se cumplirían en la práctica se hizo a un lado como algo que quedaba a juicio del político; se descartó la cuestión de si los tipos de acciones requeridas para lograr estas condiciones no violarían varias normas políticas por involucrar juicios de valor.

El esfuerzo de señalar más precisamente los límites de la economía y el supuesto de que su objetivo principal es el de asegurar avances en la teoría, han tenido dos consecuencias. Como el objetivo principal ha sido lograr progresos en “la teoría” y como el modo principal de hacerlo consiste en formular hipótesis refutables, tendimos a considerar una parte cada vez mayor de la realidad “como dada”. Si bien esto es esencial cuando queremos formular hipótesis refutables, no es la postura correcta cuando se desea entender el cambio o recomendar medios para provocarlo. Ahora vemos que el *caeteris paribus* nos ha encarcelado en una jaula muy estrecha; que a pesar de que ahora tenemos algunas hipótesis refutables, estamos aprisionados dentro de estrechos “círculos de certeza”. Somos como el funcionario de salubridad que considera dadas todas las características del ambiente, por ejemplo, los diseños y planos de los edificios, las costumbres de los habitantes, y se ocupa exclusivamente de aliviar los males resultantes cuando, de hecho, debería considerar las relaciones entre el hombre y el ambiente como un sistema total y evaluar los modos de remodelarlas en su integridad. En vez de actuar de esta manera, el planificador de la salud visita a los pacientes y advierte que no prescribirá que se cocine en otro lugar distinto de aquel en donde duermen las personas, ni que los animales se queden fuera de los dormitorios, ni que las habitaciones tengan más ventanas y mejor ventilación. Renuncia a todo esto creyendo que es del dominio del arquitecto, del consejero familiar, de cualquiera, menos de él.

Los teóricos más destacados afirman que para que haya avances de la teoría, los límites de la disciplina deben señalarse claramente. Aparte de que el progreso de la teoría no debe ser el único —y algunos afirmarían que ni el fundamental objetivo del intelectual— el hecho es que el alegato de los teóricos de que todas las consideraciones calificadas por ellos como no económicas se eliminen de la

<sup>2</sup> El problema —y el desperdicio consecuente de recursos intelectuales— no se limita a la economía. Cuestiones de importancia vital para el país se han descuidado también en otros campos: la tecnología para la gasificación del carbón, la licuación de éste, la producción de fertilizantes con base en el mismo mineral, el aprovechamiento de la energía solar, etc., son algunos ejemplos que vienen a la mente.

disciplina, no es diferente de la postura mediante la cual todas las clases sacerdotales han mantenido su hegemonía dentro de una tradición teológica. Ha sido común a través de las épocas que la clase sacerdotal defina un dogma rígido y afirme que todos los discípulos deben creer en cada aspecto de ese dogma. Cuando alguien que no pertenece a la tradición intenta comentar las fallas obvias de esa teología particular, los sacerdotes rechazan las críticas como si fuesen los alegatos de un no creyente, como las fulminaciones de un extraño de quien no se podría esperar otra cosa. Similarmente, cuando alguien educado en esa tradición intenta colocarla en una perspectiva más amplia, los sacerdotes han desechado su comentario como el de un hereje, como el de alguien que se ha vendido. En todos estos casos la tradición se perpetuó y los sacerdotes mantuvieron su hegemonía gracias a que consideraron admisible sólo lo dicho por aquella gente completamente comprometida con la misma tradición. Esa posición es muy similar a la que existe actualmente en la economía. Cuando un economista llama la atención sobre la influencia abrumadora de los factores políticos, sociales o institucionales en algún problema, lo hacen a un lado porque "no es realmente un economista".

La cada vez mayor insistencia en la cuantificación ha significado un avance de consideración en nuestra disciplina. Empero, debido a varias razones, ha sido menos útil desde el ángulo del político de lo que hubiera podido ser. Considérese la formulación de un modelo particular para un plan específico. Dentro de la profesión, la discusión se centra en las técnicas utilizadas (por ejemplo, si un modelo tiene uno o dos vectores de consumo; el tipo de funciones de inversión que usa, etc.) en lugar de en los datos empleados. Consecuentemente, la frecuente proposición de que un modelo produce lo mismo que lo que recibe no ha tenido igual importancia en la práctica que la que se le concede en los salones de clase. Además, los estudios cuantitativos a menudo no han hecho más que comprobar lo obvio. Desde el punto de vista del político, los economistas llegan tarde. Siempre están "explicando" lo que ya sucedió. El consumo de fertilizantes aumenta o no aumenta en algunas regiones, algunos granjeros usan o no usan fertilizantes. Una vez que esto ha ocurrido, corremos con nuestras propuestas de investigación, con cuestionarios y con regresiones un tanto ingenuas para "explicar" por qué pasó lo que pasó. Después de muchas encuestas, después de muchos y elaborados ejercicios de calentamiento, acabamos diciéndoles a los políticos que el mayor o menor uso de fertilizantes parece estar relacionado con la disponibilidad oportuna de insumos accesorios, la disponibilidad oportuna del mismo fertilizante, la ganancia neta de usar fertilizantes en una cosecha particular y otras cosas por el estilo. El político está justificado cuando se lamenta de que ha sabido esto todo el tiempo. En tercer lugar, por la compulsión de cuantificar se omiten por lo común las variables no cuantificables fácilmente. De un modo indirecto, esto refuerza la tendencia antes mencionada de centrarse exclusivamente en "la economía como tal". Por último, el estado del trabajo cuantitativo en casi todos los campos de la economía todavía está por abajo del mínimo crítico requerido, incluso para resolver cuestiones básicas. Como éstas no se han resuelto todavía, el político recibe respuestas disonantes cada vez que pide consejo a los economistas.

De fijo, la economía ha permitido discernir que es preciso

satisfacer condiciones muy complejas para que aun las más simples proposiciones sean válidas. También ha proporcionado cierto número de proposiciones contraintuitivas. Pero desgraciadamente las percepciones de ambos tipos han confirmado la inferencia de que no puede decirse nada útil hasta que los datos requeridos se hayan recolectado para verificar si las condiciones complejas se han satisfecho de veras, así como la inferencia de que no debe hacerse nada positivo hasta que todos los conflictos potenciales se hayan resuelto o hasta que se hayan elaborado complejos programas de compensación.

En vista de estas dificultades y del desacuerdo universal entre los economistas sobre casi todos los temas, el político reacciona de tres maneras: *a)* si ya se ha decidido a actuar de cierta manera, llama sin mucha dificultad al economista para que legitime su posición; *b)* en caso de que no quiera hacer nada, llama a varios economistas y les pide consejo; siempre podrá argumentar que, ante consejos tan contradictorios y ante desacuerdo tan feroz entre los expertos, no debe actuar, y *c)* si está buscando seriamente una guía, se paraliza debido a que los economistas no pueden hacer recomendaciones unánimes y sin ambigüedades. En todos estos casos la influencia del economista no es útil al país al que se supone sirve como parte integrante del Gobierno. Como es obvio, en el primer y segundo ejemplos, el economista engaña al político al racionalizar, y de hecho legitimar, sus peores instintos. Por lo general éste fue el papel que los economistas del gobierno desempeñaron con relación a la manera como estiraron los recursos para el Quinto Plan y en algunos de sus ensayos referentes a la nacionalización del comercio mayorista del trigo.

La especialización más estrecha en la preparación y educación de los economistas también ha tendido a limitar su utilidad en el gobierno. Cuando se está en el gobierno, se tienen que dar opiniones sobre un gran número de cuestiones muy detalladas y hay que darlas de prisa. Contrástese esto con el hecho de que la mayoría de nosotros sabemos poco de la tecnología: la tecnología de la agricultura, de la industria, de la irrigación y de todos los demás campos. Un economista que trabaja en el comité de licencias, por ejemplo, tiene que opinar sobre un proyecto para producir cierto tipo de material plástico o un componente eléctrico particular. Lo más probable es que sepa poco acerca de las tecnologías en estos campos, las cuales han progresado fantásticamente en los últimos años y aun ahora están cambiando a un veloz ritmo. Obstaculizado por esta ignorancia, la única contribución que puede hacer el economista es la misma que la de cualquier "generalizador", esto es, algunas bromas, algunos gruñidos, ciertos movimientos ambiguos de la cabeza, algunas observaciones tomadas directamente de los manuales de Stephen Potter sobre *one-up manship*.

Los rasgos que he acentuado —la demarcación rígida de los límites de nuestra disciplina, la búsqueda de un falso carácter científico, la tendencia a operar puramente dentro del reino de las ideas— nos han empobrecido incluso como académicos. A pesar de todo el trabajo profesional que hemos hecho, sabemos poco acerca del cambio. El lector interesado aprenderá mucho más de los escritos de la gente que ha estado directamente involucrada en cambiar las sociedades —Mao, Gandhi, Paulo Freyre y otros— que de las formulaciones pedestres, aunque intrincadas, de nuestros espe-

cialistas en modelos de crecimiento. Aprenderá mucho más de Mao, Gandhi y otros, acerca de motivación, movilización, organización —los verdaderos motores del cambio— que de los tratados sobre desarrollo económico. En tanto que el economista —cuando condesciende a hacer contacto con el mundo real— estará ocupado describiendo cajones en organigramas y funciones y poderes formales de cada nivel jerárquico y señalando, digamos, la urgencia de “descentralizar”, un Mao o un Gandhi se centrará en la educación ideológica de cada miembro del grupo, cualquiera que sea su rango, y hará notar que esto constituye una condición de la “descentralización”. Y, aún más importante, se ocupará de impartir esta educación ideológica. Al igual que nuestros escritos no reflejan gran comprensión del cambio, tampoco tienen mucho efecto en él. De hecho, la influencia de un novelista, digamos, de Prem Chand, es mucho mayor: él identifica los valores que inhiben el progreso en un campo particular y luego, mediante sus escritos, trabaja conscientemente para cambiar estos valores, prácticas o instituciones. Se dirige directamente a aquellos cuyos valores y prácticas cambiará. En cambio, el economista, que busca el aplauso de sus colegas, quienes a su vez están procurando el suyo, ni se interesa en identificar los factores que inhiben el cambio ni, habiéndolos identificado, se molesta en trabajar directamente para cambiarlos.

No es sorprendente que cuando al fin el economista hace algunas recomendaciones, casi siempre se trata de síntomas: que la oferta del dinero debe incrementarse a una tasa menor, que la participación de los distintos sectores en la inversión pública debe alterarse en unos cuantos puntos, que la agricultura debe o no pagar impuestos, que las tarifas de electricidad y agua deben subir, que las deudas por estos conceptos deben cobrarse, etc. Estos asuntos son síntomas, no causas; el hecho de que estas medidas no se pongan en práctica se debe a factores mucho más básicos —los valores que acata la sociedad, la estructura del poder, el efecto de las instituciones, etc.— y estos mismos factores asegurarán que las panaceas superficiales que el economista sigue repitiendo *ad nauseam* no despejarán del suelo.

El costo último de operar exclusivamente dentro del reino de las ideas es psicológico: acabamos finalmente con el sentimiento de irrelevancia y frustración. Aun en el mejor de los casos el intelectual lleva una existencia derivada. Observa y escribe acerca de fenómenos. Hace poco para participar en ellos directamente o para afectar el curso de los acontecimientos. En el caso del economista, la situación es aún peor, pues a menudo percibe que no está trabajando en las cuestiones grandes e importantes y que, en todo caso, la situación en el país es tal que escribir y leer artículos resulta un ejercicio bastante inútil. De aquí que los economistas constituyan frecuentemente un grupo sombrío y frustrado. A menudo proyectan sus frustraciones en el país entero y se desesperan de que jamás ocurra nada en él. Si sólo hubieran seguido el consejo de Marx: salir del reino de las ideas y participar en la lucha real. Si sólo hubieran hecho la misma pregunta que Gilbert White les planteó a los geógrafos: “¿De qué provecho puede resultar para una profesión elaborar una excelente disciplina acerca del mundo, si ese mismo mundo y el espíritu humano están degradados?”<sup>3</sup>

Confrontando el economista profesional con los argumentos del tipo arriba mencionado, su defensa final siempre es la siguiente: “Usted puede o no tener razón respecto a la relevancia de las cuestiones que consideramos, pero, como usted ve, se trata de un excelente ejercicio mental”. La triste realidad, sin embargo, consiste en que las bien ejercitadas mentes de los líderes de la profesión no han producido ninguna solución o tan siquiera observaciones originales acerca del predicamento en el cual nos hallamos ahora. De hecho, cabe argumentar que los hábitos mentales que la disciplina económica graba con mayor profundidad son precisamente los que impiden que los economistas sean útiles en un contexto práctico.

El más conspicuo de tales hábitos es la persecución perpetua de lo mejor, la búsqueda perpetua para identificar lo óptimo. Como resultado, no podemos aprobar ningún curso específico de acción ni participar en él. Cuando Mao decide domeñar un río poderoso, moviliza millones y millones de personas en dos temporadas y logra dominar la corriente. Piénsese en lo que hubiera ocurrido si se le hubiera preguntado a un economista. Habría elaborado numerosos estudios. Habría intentado calcular los costos de oportunidad de movilizar a millones de personas a las riberas del río, así como estimar los beneficios que podrían haber resultado si los recursos se hubieran dividido entre varios ríos en lugar de concentrarlos en uno solo. Habría intentado calcular la eficiencia marginal del control de inundaciones frente a otras maneras de estimular la producción agrícola, etc. La búsqueda incesante de lo óptimo le hace el juego al político que quiere posponer la acción. Hace inútil al economista para el líder que genuinamente se interesa en cambiar las cosas y lo convierte más en crítico que en actor. Este hábito se adquiere en nuestro estudio de la economía y la razón por la cual persiste es que durante nuestra preparación y progreso dentro de la profesión muy pocas veces manejamos los problemas prácticos, problemas en los que es preciso actuar de una forma u otra. El contraste se establece realmente entre un comandante en el campo de batalla, que debe tomar una decisión a fin de que él y sus tropas venzan y sobrevivan, y un economista, cuya frecuente respuesta, cuando le piden examinar un problema, consiste en que se emprendan estudios adicionales y más detallados. Así pues, cuando se dice que “la economía es un ejercicio excelente para la mente”, cabe preguntar si un país necesita los hábitos mentales que los comandantes o administradores adquieren en el manejo de problemas prácticos, o los que un economista adquiere enfrascándose en juegos ligeramente divertidos con sus colegas.

## II. LOS POLITICOS

Antes se mencionó que nuestros economistas han compartido con el resto de la élite la idea de que los cambios radicales simplemente no son posibles en la India. Han complementado esta suposición contra otra: que los cambios marginales que puedan lograrse provendrán —o sólo podrán provenir— de la acción de unos cuantos políticos. Así, cuando no hemos estado hablando entre nosotros, nos hemos ocupado de hablar con ministros y administradores. Hemos actuado en el supuesto de que estos políticos tienen el poder, además del deseo, de cambiar las cosas y que si tan sólo pudiéramos instruirlos y convencerlos acerca de las políticas correctas, esos cambios se llevarían a cabo. Las élites industrial,

<sup>3</sup> Gilbert F. White, en *The Professional Geographer*, vol. 24, núm. 2, mayo de 1972, pp. 101-104.

agrícola y comercial han sido más perceptivas en evaluar a los políticos. Los han considerado como aliados, como guardianes del *statu quo*. Los economistas han tardado en darse cuenta que los ministros y funcionarios no tienen ni el poder ni el deseo de cambiar las cosas. Y que lo que acaso los ha estado deteniendo ciertamente no es la falta de conocimientos: ciertos ministros, por ejemplo, a quienes hemos estado tratando de instruir acerca del destino real de las reformas agrarias o acerca de las lagunas en las políticas de licencias, han conocido los hechos todo el tiempo. Hemos sido demasiado lentos en darnos cuenta de que nuestros políticos no han luchado por el puesto para poner en práctica ciertas políticas; han abogado por algunas políticas para adquirir el puesto.

Las consecuencias de este error de juicio, tanto como las de aquellos que trabajan exclusivamente dentro del reino de las ideas, puede ilustrarse por las controversias que se presentaron durante el nacimiento del anteproyecto del Quinto Plan. Nos aplicamos con dedicación a elaborar informes y documentos acerca de los planes, pensando que se logrará realizar la tarea con sólo que el plan esté suficientemente detallado, con sólo que se haya elaborado con las balanzas correctas de materiales y que contenga las partes apropiadas, así como que se pueda lograr que el político esté de acuerdo en el papel con las medidas propuestas.<sup>4</sup> Preocupados por el reino de las ideas, perdidos en nuestras fijaciones respecto a ministros y funcionarios, hemos dado demasiada importancia a la palabra escrita.

No nos hemos dado cuenta de que el político no está limitado por la Ley de Estoppel. El cónclave más alto de políticos involucrados en la formulación de planes —el Consejo Nacional de Desarrollo— aprobó sin chistar el trabajo “Towards an Approach to the Fifth Plan”. En el curso de unos pocos meses, este trabajo fue desvirtuado y se presentó al Consejo Nacional de Desarrollo (CND) otra opción, el documento “Approach to the Fifth Plan”, en febrero de 1973. El Consejo también lo aprobó. Para fines de 1973, era obvio que mucho de lo que se había dicho en el “Approach to the Fifth Plan” tenía que descartarse. En consecuencia, el anteproyecto de Quinto Plan Quinquenal que se presentó al Consejo en diciembre de 1973, arrojó por la borda buena parte del “Approach”. Aun mientras aprobaban el proyecto de Plan, los políticos se daban cuenta de que en gran parte ya no correspondía a la realidad y que si algún día llegaran a considerar una versión final del Quinto Plan, tendría poca similitud con el proyecto. No obstante, esto no les impidió dar su apoyo entusiasta al documento que tenían en la mano. Ansioso de probar su fidelidad, el señor Ghaffoor resumió correctamente la actitud del político medio hacia documentos que los economistas debaten con tanta agitación. En la junta de diciembre del CND dijo que “mientras los economistas a menudo desisten y a veces renuncian, nosotros [esto es, los políticos] siempre aprobamos el Plan”. Antes, mientras los economistas habían estado discutiendo si la tasa de crecimiento postulada en el documento del Plan

debería ser del 5.5% o algo menor, se dice que el Ministro de Hacienda preguntó perplejo por qué los economistas estaban tan agitados acerca de una cifra: ¿Ha logrado el país alguna vez —se dice que preguntó— las tasas de crecimiento que se han estimulado en los planes y ha afectado esto la armonía entre el Gobierno y el pueblo? Mientras los economistas debatían respecto al realismo de las estimaciones de recursos para el Quinto Plan, el primer ministro de Uttar Pradesh, señor Bahuguna, descartó de plano la controversia diciendo en efecto que no podía permitirse que la discusión sobre el realismo obstaculizara las aspiraciones del pueblo. La Primera Ministra terminó el debate sobre el asunto afirmando su creencia de que hablar de falta de realismo era esencialmente derrotista y que la gente que hablaba así no se daba cuenta de que “pronto cada sueño será realidad y cada realidad será sueño”.

El economista que muestra sorpresa ante un episodio de este tipo no ha prestado mucha atención al marco general dentro del cual han de trabajar los economistas en el gobierno, ni ha observado a los políticos cuidadosamente.

El marco general dentro del cual tiene que trabajar el economista ha sido bien descrito por Balogh como “el diletantismo de dos niveles”, siendo diletantes tanto el administrador generalista cuanto el ministro no informado. Sin embargo, a causa de la idea de que sus ministros son representantes del pueblo y debido a la estructura rígidamente jerárquica de nuestra maquinaria gubernamental, el economista no puede combatirlos abiertamente.

Por regla general, los políticos que han flotado hasta la cumbre de nuestro sistema tienen pocas aspiraciones para el país. Muestran escasa dedicación a sus tareas. Pocos sienten orgullo —el orgullo que siente un profesional— de hacer bien un trabajo. La mayoría de nuestros ministros son profesionales sólo en sentido estrecho: son profesionales en adquirir y mantener los cargos públicos. Una gran proporción de ellos es cínica: parece haberse convencido de que nuestro país está destinado a permanecer en la mediocridad, que no hay soluciones finales a los problemas de la India, que no resolver los problemas no va a hacer la situación mucho peor de lo que ya es, y, finalmente, que no resolver los problemas no va a afectar su carrera. Por eso, parecen creer que todo lo que pueden y necesitan hacer es poner en escena un elaborado drama y, ocasionalmente, aguijonear a los burócratas para que, de vez en cuando, produzcan propuestas para ocuparse vanamente de asuntos marginales. Un comentarista experimentado los ha caracterizado como interesados en dejar una impresión, en vez de cumplir una promesa. Estos ministros son capaces de descartar la ira y la impaciencia, considerándolas como muestras de inmadurez.

La actitud básica de nuestros políticos hacia los economistas ha sido bien expresada por la Primera Ministra. Hace algún tiempo dijo que lo que realmente hacía falta en el país era un “mago de la economía”. La implicación parece consistir en que los políticos quisieran ser libres para hacer y deshacer a su gusto y luego tener un mago a la mano que se encargue de las consecuencias.

Aparte de las capacidades y aptitudes de los ministros como individuos, el economista ha de luchar contra el ambiente en el cual se desenvuelve el gobierno en la actualidad. Es el ambiente acusatorio de la política de salón. Cada ministro se preocupa más de salvar su cuello que de hacer su

<sup>4</sup> A este respecto compárese el punto de vista de Ely Devons, *Papers on Blaming and Economic Management*, Manchester University Press, 1970. Devons señala cómo la preocupación de los economistas por planes formales los llevó a pasar por alto las similitudes entre distintos sistemas económicos y el hecho de que la esencia organizacional de las grandes unidades dentro de estos sistemas estaba generando pautas similares de reacción en lo económico.



trabajo. Y salvar el cuello ha llegado a ser una labor de tiempo completo. Sólo raramente, por tanto, los ministros se ocupan de los asuntos del Estado. Aún más, incluso cuando están ocupados alimentando a los periodistas con informaciones perjudiciales acerca de sus colegas, no opinan abiertamente sobre un tema que cae dentro de la jurisdicción de otro ministro, para evitar así que los demás hablen sobre sus propios ministerios. Así, cuando los ministros se reúnen para confabularse en juntas de gabinete o de los consejos más altos del partido en el poder, hay una conjura de silencio. Nadie quiere, nadie tiene el suficiente atrevimiento para agitar nada. En este ambiente, ningún individuo solitario puede hacer nada por su cuenta; sin embargo, cada uno adquiere derecho de veto. Esto, obviamente, circunscribe la racionalidad con que los asuntos se pueden conducir. Para citar nada más un ejemplo, cuando se consideran propuestas para reducir gastos corrientes, pronto llega a ser obvio que ningún ministro se siente con la suficiente confianza para exigir una estrategia atrevida y drástica; pronto queda claro que cada programa tiene sus partidarios, y que sólo son factibles reducciones globales. El economista no puede apresurarse a llevar sus últimas revelaciones a su ministro y esperar que éste las lleve a sus colegas y superiores. En la corte no suelen ofrecerse consejos no solicitados.

En un sistema con fuertes normas jerárquicas, los *juniors* deben invariablemente ceder ante los que ocupan los puestos altos. A menudo las opiniones se pesan no según los argumentos y evidencias sobre los que descansan, sino según la importancia del proponente. Un funcionario principal o un ministro puede, y frecuentemente lo hace, rechazar una opinión sin dar razones y sin la menor indicación de que haya estudiado el asunto. Las desventajas de los *juniors* se acentúan si los jefes de cada nivel hacen inseguros a los subordinados dándoles la impresión de que son vengativos, de que juzgan la lealtad de la gente según la clase de sus consejos que da, de que atribuyen motivos ocultos a lo que dicen los subordinados. En esta atmósfera, los funcionarios aprenden rápidamente que los ministros ya no los ven como colegas sino como individuos a quienes hay que molestar, como agentes para "manejar casos" por cuenta de ellos, como instrumentos para el engrandecimiento personal, como mudos muñecos a quienes intimidar en las juntas. Los funcionarios no tardan en aprender que lo que dicen no se juzga por el criterio "¿es válido?", sino preguntando "¿por qué dice eso y cómo puede ser usado en contra de él o su ministro, ahora o después?"<sup>5</sup>

### III. LOS ECONOMISTAS

El lector que se haya mantenido al tanto de la literatura económica profesional y que haya observado la conducta del gobierno estará bien condicionado para esperar que los factores antes mencionados limiten la utilidad del economista en los asuntos públicos. Pero poco de lo que haya leído en la literatura profesional lo habría preparado para entender una característica de los economistas en el gobierno: el entusiasmo con que algunos de ellos adoptan el papel de legitimadores. A pesar de las lecciones del Segundo, Tercero

y Cuarto planes, en el sentido de que no hay peor medio de perpetuar la dependencia del país respecto a la ayuda, que no hay modo más eficaz de sabotear el objetivo de la confianza en sí mismo que empezar un programa de inversiones con supuestos irreales acerca de los recursos, los economistas harán todo tipo de imaginativas hipótesis mientras estiman la cuenta neta de importaciones durante el Quinto Plan: que no se requerirá importación alguna de alimentos, que la utilización de nuestras plantas de acero y fertilizantes subirá con rapidez al 90%, que (a pesar de lo que les diga el departamento de suministros) los fertilizantes estarán disponibles en el país a precios sustancialmente menores que los precios que el país tiene que pagar, y ello aun cuando se están haciendo estimaciones respecto a que habrá petróleo crudo para el país a 3.50 dólares por barril en 1974-75 y a 4.75 dólares por barril durante 1978-79, etc. Cuando se dan cuenta de que, aun con supuestos de este tipo, la brecha externa neta asciende a 5 900 *crores*\* de rupias, entonces simplemente suponen que se ahorrarán cantidades adicionales en el acero, los fertilizantes, etc., y decretan que la brecha no será de más de 4 000 *crores* de rupias. Se contonean asegurando a todos que la autonomía económica está de veras al alcance de la mano, que lo único que el país debe hacer es tener fe en sus estimaciones. Se empeñan en elaborar un modelo y se niegan a informar a sus compañeros economistas cómo han sido calculados los coeficientes, etc. Sus colegas deben descubrir por su cuenta los cálculos misteriosos que convencieron a los constructores de los modelos de que en la India (y no sólo ahora sino también en 1978-1979) los fertilizantes se producirán casi totalmente sin los productos de petróleo que constituyen su elemento principal, y así sucesivamente.<sup>6</sup>

¿Por qué los economistas producen tales estimaciones a pedido; avalan con su reputación profesional tales documentos; continúan contoneándose y defienden estos documentos mucho después de que los hechos han demostrado que son fraudulentos?

Debemos hacer a un lado dos de las falsas excusas que más comúnmente se ofrecen para justificar la conducta de estos economistas.

"Realmente ellos no tienen toda la culpa. Son brillantes en la teoría. Es sólo que no conocen a fondo las realidades prácticas. No se puede esperar que un hombre sepa todo." Si todos los documentos relacionados con la formulación del anteproyecto del Quinto Plan, por ejemplo, estuvieran disponibles, veríamos que lo que estos economistas elaboran no es siquiera buena teoría: el modo en que se estimaron los recursos para el anteproyecto del Quinto Plan, la manera en que se descartaron los ingredientes basados en el petróleo para la producción de fertilizantes, la insistencia de que los costos de capital deben estimarse con base en precios obsoletos, nada de esto era buena teoría; era magia. El hecho mismo de que se haya continuado utilizando un modelo que no se ha cambiado en su esencia desde hace 20 años tampoco ha sido buena teoría. Hace 20 años, cuando se

\* Un *crore* equivale a 10 millones. [Nota del revisor.]

<sup>6</sup> Los ejemplos pueden multiplicarse muchas veces y van desde la estimación de los déficit presupuestarios hasta las cuentas de los programas intensivos, tales como el programa del medio millón de empleos. Me he limitado a recordar algunas noticias que aparecieron en la prensa después de la renuncia de B.S. Minhas a la Comisión de Planeación, en diciembre de 1973.

<sup>5</sup> He centrado mi atención en los jefes políticos con los que probablemente se encuentre el economista y he omitido decir algo acerca de sus colegas administradores. Algunas observaciones sobre estos últimos se hallan en mi "Controls and the Current Situation", en *The Economic and Political Weekly*, julio de 1973.

formuló el modelo, las erogaciones del Plan iban de verdad a producir sustanciales incrementos proporcionales en los bienes de capital que podían crearse. Durante los dos decenios posteriores se ha construido una gran base de capital y uno de los problemas principales a que se enfrenta hoy la economía es lograr el mejor uso de la capacidad instalada. Sin embargo, el modelo del Quinto Plan sigue exclusivamente enfocado a la capacidad nueva. Para éste, uno de los problemas actuales más importantes —el de la capacidad no utilizada— es sólo algo que se arregla con otro supuesto: que se utilizará la capacidad no usada. Además, la realidad práctica no es una musa tan exigente: no limita sus revelaciones a los que tienen alguna facultad especial o rara. Aun un lego, lector de periódicos, habría sabido que la maquinaria política y administrativa no podría delimitar las zonas con excedentes de trigo, así como que ninguna mejora milagrosa en el uso de la capacidad estaba a punto de ocurrir en todo el país. . .

“Pero no se da usted cuenta de que estamos viviendo en una democracia. Los ministros son nuestros jefes políticos. Debemos seguir sus instrucciones, puesto que, al fin y al cabo, son los representantes del pueblo. La verdadera tragedia no consiste en que hagamos lo que nos manden (mientras tengamos una democracia debemos hacer lo que nos piden); la verdadera tragedia radica en que *ellos* no entienden los problemas económicos complejos.” Esta afirmación es a la vez demasiado benévola para los ministros y muy conveniente para el economista. En cuanto a que los ministros no entienden los problemas económicos supuestamente complejos, ahora es claro que evitar los errores que estamos pagando más caro —la temeridad financiera de los programas intensivos, la incertidumbre y demoras de la política industrial, las mal preparadas campañas de nacionalismo— no requería entender ningún problema complejo, ninguna teoría económica esotérica y ningún lema intrincado. En cuanto al cuento del “economista que vive en una democracia”, ha quedado claro desde hace un buen tiempo que casi el único objetivo de nuestros políticos ha sido mantenerse en funciones y que están preparados a hacer lo indecible para retener sus puestos ministeriales. No hay nada en la ética de la democracia que requiera que los profesionales ayuden a los políticos a dañar al país para su engrandecimiento personal. No hay nada en el *ethos* democrático que requiera que cada profesional sea parte en la mendacidad ministerial, o que legitime todo lo que haga el político para conseguir sus estrechos fines a corto plazo.

Las explicaciones reales, desgraciadamente, son mucho menos agradables para nuestra profesión. La dura verdad es que, como el resto de la élite, somos adictos a agradables normas de consumo y al éxito institucional. El único objetivo a que nuestro tipo de socialismo ha apuntado y lo único en que ha tenido buen éxito es centralizar el patrocinio en manos del gobierno. Por eso, como buscamos beneficiarnos de este patrocinio, como queremos obtener fondos para nuestras instituciones de investigación, como deseamos estar en comités gubernamentales, como queremos formar parte de delegaciones oficiales que viajan al extranjero, como deseamos obtener algunos pedacitos de este patrocinio para provecho propio, debemos bailar al son que toca el Gobierno. Que somos indistinguibles del resto de la élite se ve más claramente en el hecho de que muchos de los decanos de nuestra profesión mantienen su influencia paralizadora sobre muchas

instituciones académicas con igual terquedad que la que emplean los políticos para mantener sus puestos ministeriales. Los miembros más jóvenes de esas instituciones relatan numerosos ejemplos de las mezquinas formas que se usan para obligarlos a reconocer su dependencia respecto a los mayores y a aceptar el *status* superior de éstos.<sup>7</sup>

Por eso, apenas sorprende que cuando estamos fuera del gobierno nos empeñamos en portarnos bien. (Una ligera muestra de independencia, un artículo ocasional criticando algún detalle de alguna política es completamente consistente con la buena conducta. Al fin y al cabo, el gobierno tiene en poca estima a los lacayos completos, pues los escritos de estos últimos no aumentan su prestigio.) Y cuando formamos parte del Gobierno nos portamos como el resto de sus integrantes. Somos tan respetuosos del *status*, tan rápidos para invocar reglas de precedencia y de antigüedad como cualquier otro. El Servicio Económico de la India, por ejemplo, no es diferente en esto del muy criticado Servicio Administrativo de la India.

De la misma manera, estamos muy dispuestos y tenemos gran entusiasmo cuando jugamos al legitimador. Trabajamos muy duro para disfrazar la verdadera naturaleza de las políticas oficiales y usamos el pretexto del secreto oficial con igual necedad que cualquier otro. De hecho, nos dedicamos en grande a la “economía confidencial” y lo hacemos por las mismas dos razones que obligan al funcionario y al ministro a cubrirse con el juramento de secreto: porque la información nos da poder sobre nuestros colegas (un economista oficial que suelta chorritos de datos a sus colegas, cuyos trabajos de investigación dependen del acceso a ellos, apenas se distingue de un funcionario que concede licencias) y porque nos percatamos de que dar a conocer la información nos puede exhibir. En verdad, resulta fácil proponer un caso de prueba. Se han hecho varias objeciones técnicas a la manera en que se estimaron los recursos para el anteproyecto del Quinto Plan y, *prima facie*, parecería que algún misterio envuelve la forma en que se calcularon varios coeficientes (de la matriz de insumo-producto, de los dos vectores de consumo, las razones sectoriales de capital-producto, etc.) para el modelo formal usado para elaborar partes del anteproyecto del Plan. Dado que no se puede invocar secreto alguno relacionado con la defensa nacional en el caso de estos documentos, debemos pedir que se permita la publicación del Informe del Grupo Reconstituido sobre Recursos Financieros para el Quinto Plan, así como la del documento que describe las bases de los valores numéricos de los coeficientes en el modelo. Así podríamos ver quién trabaja más asiduamente para mantenerlos enterrados: los economistas, los administradores o los políticos. Muchos administradores querrían que estos documentos fueran publicados, en parte porque pondrían a los economistas en evidencia, y en parte porque algunos de aquéllos seguramente recuerdan el hecho de que varias estimaciones se adoptaron en contra de las

7 El lector podrá recordar ejemplos de su propia experiencia. Un caso extremo que conozco, que no puedo borrar de mi memoria pues me pareció particularmente humillante y patético, es el de un instituto de investigación en Uttar Pradesh. Al parecer, el director de este instituto había decretado —entre otras cosas— que la entrada principal del edificio estaba reservada para él y su familia. Cada mañana, cuando el director llegaba, todo el personal, incluyendo a los investigadores de mayor categoría, debía alinearse a ambos lados del corredor y saludarlo. Al menos ésta era la situación en 1970-71.



fuerzas objetivas de los administradores en los ministerios de operación.

Finalmente, tenemos tanta aversión a trabajar en equipo como la que atribuimos a los ministros y los administradores. Pocos economistas que hayan ocupado un alto puesto público han establecido un grupo de trabajo, pocos han compartido datos con sus colegas no pertenecientes al Gobierno y pocos los han movilizado para encontrar soluciones a los problemas que constituyen la preocupación común de todos nosotros.<sup>8</sup> Esta repulsión por el trabajo de equipo tiene consecuencias particularmente perniciosas en el caso de los consejos que el economista puede dar a los políticos. Cada problema de política requiere un mínimo crítico de esfuerzo. Este mínimo, antes del cual el trabajo en el tema no empieza a dar resultados útiles en la práctica, es muy considerable. Así, por ejemplo, quizá todas las partes de un modelo estén ya calculadas, pero si unas pocas partes críticas se han investigado inadecuadamente, los mejores de nosotros dudaríamos en interpretar sus resultados sin ambigüedad. Las *almirahs* (alacenas) del Gobierno están llenas de investigaciones que se han iniciado, pero no terminado, o de las cuales sólo unas pocas partes se han hecho. Con los que tuvimos la oportunidad no formamos grupos o equipos de trabajo y como no movilizamos el talento en las universidades a propósito, incluso estas piezas y pedazos de investigación a medio terminar no son utilizables. En ninguna parte se observa esto con mayor claridad que en la base cuantitativa para evaluar acontecimientos económicos a corto plazo y recomendar políticas para tratarlos.

He argumentado hasta ahora que el economista apenas se distingue de, digamos, el administrador. Pero, en dos casos, sus antecedentes lo convierten en un peligro potencial mayor que el que pudiera representar un administrador fogueado.

El primero se refiere a que el economista trae consigo un aura de destreza cuando recibe de repente el nombramiento para un alto cargo. A sus opiniones —por lo menos sobre los asuntos convencionalmente considerados como “económicos”— se les concede más peso que a las del administrador. La mayoría de los políticos no se dan cuenta de que la reputación del economista se ha adquirido en una profesión introvertida y por sobresalir en la aplicación de normas que, como se dijo antes, desprecian los fenómenos que se relacionan con la realidad inmediata. Tampoco se dan cuenta muchos de ellos de que, como Myrdal ha señalado con frecuencia, no hay problemas económicos, sólo hay problemas. Ni de que los límites precisos que los economistas han impuesto a su disciplina, así como las estrechas especializaciones que caracterizan su preparación profesional, les impiden adquirir la experiencia polifacética que se requiere para enfrentarse a estos problemas. Por último, pocos políticos se dan cuenta —o por lo menos pocos tienen el valor de declararlo públicamente— de que a menudo las opiniones de los economistas surgen de una ignorancia tan grande respecto a las tecnologías y a las instituciones, o surgen de factores tan comunes y corrientes (el deseo de proyectar cierta imagen de uno mismo, animosidades personales, manías,

pasatiempos favoritos) como los que motivan a cualquier otro miembro del Gobierno.

El segundo caso consiste en que, a diferencia del administrador, que llega a un alto puesto sólo después de mucha experiencia en enfrentarse a crisis y situaciones de varios tipos, en manejar y evaluar a los hombres, el economista a menudo arriba a su alto cargo directamente de los medios académicos. Como tiene poca experiencia en manejar a los hombres, en tratar, por ejemplo, a los políticos, fácilmente se le puede adular para hacerlo perder pie. Se le manipula con mayor facilidad que a un administrador experimentado, quien, durante su carrera gradual, ha visto el ir y venir de muchos políticos. Además, como llega de repente a su alto cargo, se envanece con las galas inherentes al puesto, con la atención súbita que le dan los medios de comunicación, con la deferencia inopinada de funcionarios, hombres de negocios, etc. Llega a tener ilusiones de grandeza de segunda: empieza a verse como el que mantiene la línea progresista en los altos consejos de gobierno, como el bastión de la confianza propia, como un cruzado. Empieza a posar.

#### IV. INFERENCIAS

Lo dicho antes tiene muchas consecuencias para la forma en que nos conducimos.

El sistema económico y político está mostrando tensiones suficientes como para que abandonemos el conveniente supuesto de que jamás ocurrirá cambio básico alguno en la India. Debemos empezar a pensar en términos de opciones a los ordenamientos actuales. Debemos elaborar los detalles del tipo de sociedad que nos gustaría que hubiese en la India dentro de tres decenios. Debemos construir los grandes paradigmas que expliquen mejor nuestra condición presente y nos instruyan mejor acerca de los medios de lograr lo que deseamos. En fin, debemos explicar detalladamente nuestras utopías y nuestros dogmas. Los que estamos familiarizados con la cantidad enorme de trabajo que se ha dedicado a los detalles, debemos reunir toda esa labor en unos cuantos paradigmas antagónicos para que el debate intelectual en el país se pueda llevar a un nivel más fructífero.

Debemos abandonar nuestra preocupación por los políticos y dirigirnos al pueblo. En particular, en vez de redactar y volver a redactar documentos para los políticos, debemos explicar al pueblo el carácter verdadero de las políticas económicas, las causas reales del actual estado de cosas. Debemos negarnos a representar el papel de legitimadores.

Debemos aventurarnos más allá de la “economía propiamente dicha”. Salir del reino de las ideas y participar en las luchas reales. . . Es posible seguir alargando la lista. Sin embargo, pronto se enfrenta el problema básico de que los valores y actitudes de nuestra élite son contrarios al bienestar de nuestro país y que los economistas y otros intelectuales son una parte indistinguible de esta élite. Y prevalece la sensación incómoda de que ellos se reformarán sólo cuando a la élite entera se le enseñe una lección, sólo cuando cambie sustancialmente su naturaleza. Si esto es en realidad así, entonces debemos tener la esperanza de que los movimientos políticos pacíficos que ahora empiezan a cobrar ímpetu en el país ayudarán a enseñarnos a todos las lecciones necesarias.

<sup>8</sup> Claro está que hay casos excepcionales. El del finado Pitamber Pant es uno muy notable, que viene de inmediato a la mente. Desgraciadamente, dichas excepciones no son suficientes como para negar lo que se afirma en el texto.